

MFN 1796

11

CDD 267.72

EL LIBERALISMO

POR EL DOCTOR DON

NICETO ALONSO PERUJO,

1841-1890 exp.



Liberalismo religioso

BOGOTÁ.

Imprenta de "La Justiciola."

1880.

INTRODUCCION.

Á LOS CATÓLICOS LIBERALES

Y A LOS PADRES DE FAMILIA.

De la magnífica obra del eminente escritor español, presbítero doctor don Niceto A. Perujo, intitulada **MANUAL DEL APOLOGISTA**, tomamos la parte que trata sobre *El Liberalismo*.

No conocemos otra obra que en tan breves páginas trate con tanto acierto y sencillez esta cuestion, de suyo tan árdua y complicada y que mantiene tan profundamente divididos á los hombres en todo el mundo.

La lucha entre el catolicismo y el liberalismo, es hoy incesante, universal, porfiada, y ella no se

explica sino por el antagonismo sustancial que existe entre el uno y el otro ; antagonismo que ha debido fijar la atención de los que de buena fé creen poder ser á un mismo tiempo católicos y liberales, y que inconscientemente ayudan al liberalismo en su asidua y constante tarea de destruir el catolicismo, puesto que sin él la lucha no existiría.

En efecto ; el liberalismo proclama la abolición de toda autoridad, y enseña esta doctrina en sus escuelas y colegios ; mientras que el catolicismo es esencialmente autoritario, como que la autoridad le sirve de fundamento. Por esto el catolicismo no es lo que cada cual se imagina, ò lo que quiere que sea para acomodarlo al tiempo y á las circunstancias, sino lo que él mismo dice que es por medio de su respectiva autoridad ; y por esto yerran

los que creen ser católicos y rechazan al mismo tiempo cualquiera de los dogmas que él enseña.

El liberalismo funda en el pueblo el origen de la soberanía y de toda autoridad, y el catolicismo, en Dios.

El primero hace absolutamente libre y soberano al individuo, y el segundo nó, porque le enseña que es criatura y que debe cumplir la voluntad de su Criador para conservar el órden que ÉL ha establecido. Si el hombre fuera absolutamente libre, seria consecucionalmente irresponsable y no tendria obligacion de observar ninguna ley ni de obedecer á ninguna autoridad. El liberalismo parece resistirse á llegar á esta consecuencia, pero la lógica de los principios lo conduce á ella, y de ahí el que tal vez contra su voluntad y sin conocer quizás la extension del mal que engendran, enseñen los liberales la abolicion de toda autoridad.

El liberalismo no vé en el hombre sino la materia, y esta es la fuente principal de todos sus más groseros errores. Cegado por esta mentira, trata de resolver el problema de la vida y de la existencia humana por una negacion universal: el hombre es pura materia, no tiene alma, luego no puede haber premio ni pena eternos; y colocado en este punto, ya no puede detenerse en el camino del abismo; tiene que pasar á una negacion más absoluta y reconocer que Dios está por demás, porque si el hombre no depende de **ÈL** ni hay un lugar en donde pueda tomarle cuenta de sus acciones para premiarlo ó castigarlo, es indiferente que haya ó no haya Dios. El encadenamiento lógico lo ha llevado entónces á la completa negacion de Dios, y esto explica la rebelion de él contra la autoridad divina, el odio contra todos los que

reconocen ó ejercen esa autoridad y la práctica del ateísmo en los liberales. No es esto una mera suposición, pues frecuentemente vemos que los liberales que no abjuran de sus errores para morir en el seno de la Iglesia, mueren sin religion ninguna, y de consiguiente son ateos; porque si reconocieran un Dios, forzosamente tendrían una religion, puesto que esta no es en esencia sino la forma que expresa las relaciones entre el hombre y Dios.

Por consecuencia de estos errores, el liberalismo no quiere ni busca para el hombre otro paraíso que la tierra; ésta ha de ser su cielo y en ella ha de encontrar toda la felicidad de que es capaz y la única que le es dado gozar. Por esto sólo habla de mejoras materiales y enseña á sus adeptos la utilidad por única regla de moral; por esto cuida tanto de los goces materiales y

olvida completamente la educacion moral del hombre y de la sociedad; y por esto sus discípulos son soberbios, vanos y orgullosos, porque como se les enseña que no están sometidos á ningun superior, se creen dioses y se adoran á sí mismos.

El catolicismo, al contrario, proclama y enseña que el hombre no es pura materia, que tiene una alma inmortal y que hay una vida futura en donde tiene que dar cuenta de sus acciones para recibir premio ó castigo; en consecuencia reconoce la existencia de Dios y la obligacion en que el hombre está de observar su ley para merecer el premio y evitar el castigo. Y como enseña que la felicidad del hombre no está en la tierra, y que ésta no es el paraíso que debe buscar, la educacion que le dá se encamina, no á procurar que él busque los goces materiales, sino á que sea bueno pa-

ra que sea eternamente feliz. Por esto el catolicismo quiere que Dios presida la familia, la escuela, el colegio y todos los actos de la vida humana, mientras que el liberalismo arroja á Dios de la familia, de la escuela, del colegio, y quiere que el hombre obre en todo como soberano absoluto y sin sujecion á Dios. Y hé ahí porque los discípulos del catolicismo son humildes y abnegados, porque se reconocen criaturas sometidas á su Criador.

No puede ser, pues, más radical y profundo el antagonismo entre los dos. Y de aquí procede esa lucha tenaz y porfiada, que no puede acabar sino con el triunfo definitivo de uno de los dos. Donde el liberalismo coloca su asiento y ejerce su dominio, el catolicismo queda oprimido y amenazado. Allí empieza la destruccion de todo lo que el catolicismo establece y conserva, por-

que todo eso es opuesto al liberalismo ; y por esto donde quiera que éste triunfa, se destruye la familia cristiana y la base de ella, que es el sacramento del matrimonio ; la escuela cristiana, que forma al hombre para el cielo y no para la tierra ; los conventos y monasterios, donde puede buscarse un asilo contra las tempestades del mundo, y purificarse y santificarse para llegar á la posesion de Dios ; y todo lo que puede conservar el órden cristiano. Donde el liberalismo triunfa, su primer acto es perseguir al sacerdote católico, su natural adversario, cabalmente porque enseña doctrinas contrarias á las suyas, y rebelarse resueltamente contra la autoridad de la Iglesia, porque ésta condena sus errores y enseña las verdades contrarias.

Ahora preguntamos : ¿ podrá un individuo ser á un mismo tiempo

católico y liberal? ¿Cómo un adorador de Cristo puede vivir en alianza completa con los enemigos de Cristo? Esta es una aberración incalificable y más funesta por sus consecuencias á la sociedad que el liberalismo mismo, porque siempre el enemigo solapado ha sido más pernicioso que el abiertamente declarado.

Y no se crea que exageramos. Lo que ha hecho el liberalismo en Colombia, que es lo mismo que ha hecho en los demás países donde ha llegado al poder, abona nuestras palabras. Ahí están sus obras, sus leyes, sus escritos y sus proyectos contra la Iglesia y contra el clero; y si todavía se nos piden pruebas, afortunadamente podemos suministrar unas muy recientes que demuestran la índole y el carácter esencialmente anticristiano del liberalismo.

Al sólo rumor de que un sacerdote católico, pero motejado de liberal, no sabemos si con razón ó sin ella, sería nombrado Rector del Colegio del Rosario, *La Federacion*,* periódico liberal, se expresó en estos términos en un número correspondiente al 8 del presente mes:

“Corre el rumor de que el señor General Ibáñez nombrará Rector de éste Establecimiento al presbítero Pedro A. Vezga.....

“No es nuestro propósito discutir la persona del señor doctor Vezga.....Pero la significación moral y áun política de este nombramiento sí ha debido impresionar desagradablemente á todos los que se interesan por las enseñanzas liberales en este país.

“Efectivamente: el Colegio del

* *La Reforma*, órgano del partido liberal independiente, ha publicado últimamente un artículo más explícito, al cabe, sobre esto mismo, y afirma que un sacerdote católico no puede ser Rector del Colegio, porque esto es contrario al liberalismo.

Rosario, las escuelas universitarias; es decir, los Colegios liberales, son la esperanza de la Nación.....

“ El ánimo se sobrecoge de pensar en el Colegio del Rosario aleccionando á la juventud en la intolerancia calólica, en la moral clerical, en la obediencia pasiva, en la creencia indiscutible ; es decir, convertido en Seminario y educando frailes !

“ Porque, evidentemente, no debe esperarse otra cosa, si la Direccion del Establecimiento llega á encomendarse á un eclesiástico, á *no ser que el Rector abjurase del programa, pasado y tendencias, espíritu y objeto de la Iglesia católica en el mundo.*

“ ¿ Qué sería de las generaciones que comienzan hoy y de las que vendrán mañana, si el Catolicismo se apoderara de este Colegio ? ”

Basta. Esto no necesita comen-

tarios, y nos limitamos únicamente á llamar sobre el particular la atención de los padres de familia que se llaman católicos y sin embargo envían sus hijos á los Colegios del Gobierno.

La otra prueba nos la vá á suministrar el órgano más antiguo y más caracterizado del liberalismo, el *Diario de Cundinamarca*. En el editorial de su número 2,611 de 30 de Diciembre último, se expresó así : “ El cristianismo comprende todas las comuniones y todas las creencias derivadas de los Evangelios en la sobrehaz de la tierra. Una cosa es la moral cristiana y la *veneracion* del nombre de Jesucristo, y otra cosa muy distinta son las cuestiones *secundarias* de ritos, dogmas, disciplina, costumbres y pretensiones de los cuerpos clericales disidentes y de las diversas greyes religiosas. *Bien puede concebirse*

la refusion de todas estas diferentes denominaciones cristianas en una nueva forma de administracion y áun de culto, sin que por eso se menoscabe en un ápice la observancia de la moral evangélica y la veneracion al Salvador. Volvemos á decirlo hoy : el liberalismo es esencialmente evangélico, y cabalmente las grandes reformas que ha llevado á cabo en la marcha del mundo, tienen su fundamento en la doctrina de caridad y de fraternidad que hace el fondo del cristianismo."

Esto tampoco necesita de comentarios, pero sí queremos que los católicos se fijen en este hecho: el liberalismo despoja á Cristo de su divinidad y por esto *no lo adora*, sino que *venera* su nombre. Ahora bien; si Cristo es Dios, los dogmas y ritos que ÉL ha revelado obligan al hombre en conciencia, porque la criatura le debe obediencia á su

Criador. Pero el *Diario* afirma que estas cuestiones de dogmas y ritos son *secundarias* y no determinan creencia ninguna que sea obligatoria, luego niega la divinidad de Jesucristo. Hace mucho que viene predicando este error, que destruye en sus fundamentos el cristianismo ; él *venera* á Cristo, pero del modo como lo veneraban sus verdugos cuando convertido en Rey de burlas, se postraban ante **EL** para escupirlo y abofetearlo.

Si las cuestiones de dogmas son secundarias, y no merecen el pleno asentimiento de parte del hombre como revelacion hecha por el mismo Dios, resulta que el cristianismo no tiene creencias fijas, puras, verdaderas que estén sobre la inteligencia y la voluntad humana, y entónces en el cristianismo caben *todos* los errores de que son susceptibles *todas* las opiniones de los

hombres. Qué hermoso cristianismo. Y destruidos los dogmas, de qué sirve y en qué se apoya la moral cristiana? La creencia en Dios y los dogmas correlativos de la inmortalidad del alma y del castigo y del premio eterno, son el fundamento de esa moral, la cual sin ella no tendría objeto; pero si estas son *cuestiones secundarias*, sin influencia ni realidad en la vida presente y futura del hombre, ¿de qué sirve y para qué sirve la moral cristiana y la *veneracion* al Salvador?

No es evangélico un partido que rechaza los dogmas evangélicos, que en lugar de las Bienaventuranzas enseñadas por el revelador del Evangelio: Bienaventurados los humildes, los mansos, los que lloran, los que sufren persecuciones, enseña las contrarias y persigue á los justos. El liberalismo vuelve al materialismo pagano y no busca sino el placer en

la tierra, y por esto proclama hoy como grandes conquistas de la civilización los mismos placeres, las mismas costumbres y la misma corrupción que encontró Jesucristo cuando vino á redimir al mundo, y que lo tenían entónces perdido y extraviado. Con el liberalismo no ha adelantado el mundo, ha retrocedido al paganismo. El catolicismo lo salvó, el liberalismo lo pierde; luego éste quiere lo esencialmente contrario á lo que aquel enseña. Medítenlo los católicos liberales a quienes especialmente dedicamos esta obrita

S. F.



EL LIBERALISMO

POR EL DOCTOR

Don Niceto Alonso Peruje.

Acabamos de nombrar el enemigo más encarnizado é insidioso que tiene la Iglesia en los tiempos modernos.

Hijo legítimo del protestantismo, y como aquel, enemigo de la autoridad, nutrido en el racionalismo; y como éste, enemigo de la revelación, es el que dirige contra la Iglesia todas las falanges del error, y á pesar de su incompatibilidad recíproca, sabe emplearlas á todas como otros tantos auxiliares de su causa. Tan pronto es herege como cismático, tan pronto jansenista como volteriano, y dentro de él caben y se cobijan por un inconcebible matrimonio los más opuestos sistemas y los más monstruosos errores.

Enarbolando una bandera que no le pertenece, la libertad, y apropiándose la como si él sólo fuera su único defensor, cuando en realidad la falséa y la destruye, ha logrado engrosar sus filas con innumerables hombres seducidos por los mágicos encantos de aquella palabra que no puede menos de ser simpática á todos los corazones. Por esta razón lo defienden mu-

chos, que si lo conocieran bien ó quisieran conocerlo, renegarian de sus principios.

Por otra parte, finge sostener exclusivamente una idea política, una forma determinada de gobierno, independiente de la religion, y con esto seduce á otros muchos que creen que la política y la religion, por ser cosas distintas, deben marchar, y de hecho marchan separadas é independientes, siendo así que no hay cuestion política de alguna importancia que no se relaciona estrechamente con la religion, y siendo así que el liberalismo tiene casi por único objeto intervenir en los asuntos religiosos y medrar á costa de la religion. De manera que se han hecho antitéticos el uno y la otra, y verdaderamente inconciliables, mientras el primero no abandone su funesto sistema de meterse en el terreno vedado, que no puede abandonar sino suicidándose, ó sea negándose á sí mismo. ¡ Tan encarnado está en la esencia del liberalismo el intervenir en lo que no le compete ! ; Y, sin embargo, hay muchos que creen que se puede ser liberal en política y católico en religion !

Estos son los que componen la falange más numerosa del liberalismo, y los que en realidad lo hacen peligroso. Por estos, el liberalismo se obstina en llamarse católico, y se presenta como tal, considerando como una injuria el que se le niegue este honroso título, á pesar de la guerra declarada que hace á la Iglesia y á cuanto se relaciona con el esplendor y con la fuerza de ella.

Disfrazado así el liberalismo, se ha apoderado de la opinion pública, se ha hecho poderoso y se ha enseñoreado de los Gobiernos, y ha

emprendido una guerra sorda é incesante contra la Iglesia, que consiste en dar una direccion torcida á la cosa pública en oposicion con los principios católicos, en presentar pérfidamente los intereses del Estado en lucha con los intereses eclesiásticos, y en confundir adrede lo temporal con lo espiritual para usurpar los derechos de la Iglesia en provecho de la autoridad civil. Importa, pues, quitar la máscara á este pérfido enemigo, y descubrir sus hipócritas amaños y verdaderos fines.

Examinaremos, pues, lo que es el liberalismo, sus relaciones con la Iglesia, los principios que defiende y la justicia de su condenacion; y aunque no sea más que de paso, le consideraremos tambien como sistema político y veremos que es radicalmente malo, subversivo, antireligioso y corruptor.

§ I.—IDEA DEL LIBERALISMO.

Entendemos, por liberalismo *aquel funesto sistema de ensanchar inconsideradamente la esfera de la libertad con menoscabo de la autoridad legítima.*

De otro modo: *el sistema que se propone abolir muchas leyes razonables encaminadas á prevenir y corregir los abusos de la libertad individual.*

Expliquemos la definicion.

Hemos dicho *sistema* para indicar el decidido empeño del liberalismo de llevar adelante sus principios, ya sea defendiéndolos con las armas de la razon, como lo hace la llamada *escuela liberal*, por medio de la palabra y de la prensa, ya imponiéndolos por la violencia ó la sorpresa

como lo hacen muchos Gobiernos. Hemos dicho *funesto* para manifestar los muchos males que ha producido; *de ensanchar la esfera de la libertad*, porque tal es el fin y el objeto que él mismo confiesa, y al cual encamina todos sus actos, públicos y privados; *inconsideradamente*, para significar la ligereza y falta de fundamento con que procede, sin tener ninguna razon sólida para apoyarse y además previendo los daños y perturbaciones que se han de seguir de su conducta. Hemos dicho *con menoscabo de la autoridad*, porque el fin del liberalismo es debilitar el principio de autoridad, y emancipar al hombre de su accion en todo lo posible. Esto sería laudable en cosas legítimas, y con el objeto de limitar los abusos de la autoridad; pero el liberalismo se propone poner trabas á la autoridad legítima, autorizándolo él á su vez cosas ilegítimas. Por eso hemos añadido *autoridad legítima*, ya para dar á entender que manda ó prohíbe cosas conformes á la justicia y á la razon, ya tambien que ejerce su poder en virtud de un derecho cierto.

La segunda definicion queda explicada con lo dicho. El liberalismo trata de abolir muchas leyes que limitan la libertad en ciertos casos en que así lo aconseja el verdadero conocimiento de las necesidades sociales y la experiencia de muchos siglos. Hemos llamado á estas leyes *razonables*, en el sentido de justas, fundadas y equitativas y dictadas por la recta razon. Tales son las relativas á la imprenta, á la enseñanza, á la asociacion, etc.,.....que dejando al individuo la más amplia libertad para el bien y no poniendo ninguna traba al desarrollo de su actividad, se coneretan á prevenir los

abusos, á que el hombre propende por naturaleza. Como todo abuso del individuo no puede ménos de redundar en daño de la sociedad, la limitacion de la libertad individual en estos casos es una salvaguardia de los intereses generales y una garantía de la libertad de todos. Pero el liberalismo echa por tierra estas leyes razonables á que aludimos, y extiende la libertad hasta el abuso, y áun defiende en el hombre derechos que llama *ilegislables*, como si todo lo temporal y externo no estuviese sujeto á la direccion de la ley, por la influencia que ejerce sobre la sociedad en general.

De manera que el liberalismo es sinónimo de la libertad abusiva, ó, lo que es lo mismo, de licencia y de libertinaje.

Esta palabra *liberalismo*, que no se encuentra en nuestros diccionarios, se forma de la palabra *libertad*; pero desnaturalizando y corrompiendo su significado hasta destruir su sentido. Efectivamente, libertad significa "la facultad que tiene el hombre de desarrollar su actividad dentro de la esfera de lo lícito; pues aunque esta facultad se extiende absolutamente á obrar lo ilícito, esto no puede llamarse en rigor efecto de la libertad, sino abuso de la misma. Por eso Dios, que es soberanamente libre, no puede, sin embargo, obrar el mal. La libertad que obra el mal, se llama libertinaje.

Libertad, en su sentido más estricto, significa la facultad de elegir entre dos ó más términos propuestos á la voluntad. Segun sea la calidad de éstos términos, dan lugar á las divisiones de la libertad que hacen los filóso-

fos. No hay eleccion posible entre el bien y el mal, porque el corazon se inclina irresistiblemente al bien, ántes de toda deliberacion, y se aparta invenciblemente del mal; de manera que no puede ser indiferente escoger el uno ó el otro. Sin embargo, sucede muchas veces que el hombre se inclina al mal, pero es porque se le presenta bajo la apariencia de bien. De aquí nace la necesidad de la ley, que tiene por objeto ilustrar á la libertad, y dirigirla á fin de evitar sus descarrios, prohibiendo al hombre, por el bien suyo verdadero, que obre el mal que se le ofrece bajo apariencias engañosas, ó que sus pasiones le pintan como un bien. La ley, pues, pone un freno á las pasiones desordenadas, al paso que asegura el ejercicio de la libertad y de sus diversísimos actos, dentro de su verdadero elemento, lo justo y lo lícito.

Al dirigir y moderar la libertad del individuo, la ley tiene tambien por objeto proteger los derechos de los miembros de la sociedad. Hay muchos hombres, por desgracia, capaces de obrar contra el dictámen de su conciencia y cometer crímenes, con tal que de ellos les resulte alguna conveniencia ó utilidad. Evidentemente la libertad no puede extenderse á tanto, y por eso estos hombres son reprimidos y castigados en todos los paises cultos ó bárbaros. Por consiguiente, es de todo punto necesario que la libertad se halle limitada en muchos casos, á fin de que la sociedad sea posible, pues de lo contrario, prevaleceria la ley del más fuerte. Pero la ley sólo limita la libertad en cuanto á sus abusos, y no hay ninguna ley que prohíba el ejercicio de una cosa universalmente reconocida como buena.

La libertad política sigue las mismas reglas de la libertad moral, y no es otra cosa que una libertad colectiva, la libertad de los pueblos que forman un todo, una unidad. Es por lo tanto, la facultad que se tiene en las naciones bien gobernadas, de hacer y decir cuanto no se oponga á las leyes y á las buenas costumbres. No puede ser más extenso el horizonte que se concede á la verdadera libertad, y así es, que esta puede armonizarse amigablemente con todas las formas de gobierno, desde la monarquía absoluta, hasta la República federal. Es una alianza recíproca de los poderes y los pueblos, que se mueven noblemente dentro de la ley, cumpliendo sus respectivos deberes, y sin crear obstáculos los unos á los otros. Si abusa de esta libertad el poder, es tirano; si abusa el pueblo, es rebelde. Pero no es así como entiende la libertad el *liberalismo*, sino que da de ella una definición nueva, y absurda que es la base de todos sus errores. Yo entiendo por libertad la facultad que tiene el hombre de obrar por sí mismo, conforme á la recta razón, teniendo por motivo de su actividad el fin de sus propios actos, y la elección de los medios más adecuados para conseguirlo, en cuyo caso la ley es la primera condicion de todo acto libre. Ha de haber en la voluntad una fuerza capaz de dominar y vencer las tentaciones, de resistir al incentivo de los vicios y de restablecer el equilibrio de nuestras inclinaciones y nuestra concupiscencia, que por efecto del pecado nos ladea completamente hácia el mal : de manera que la libertad queda falseada y debilitada en su principio. La libertad destituida de regla y ley es el

desórden y la licencia, y en política es la anarquía, y con frecuencia el despotismo.

El liberalismo, por el contrario, entiende por libertad el derecho que tiene el hombre de escoger y obrar libremente el bien lo mismo que el mal, de manera que la libertad no sea completa si no incluye el derecho aun de abusar de la libertad. Estando desequilibrados los dos platillos de la balanza, y preponderando en el hombre la inclinacion que le arrastra al mal, al echar igual peso en ellas se precipitará el platillo vicioso, levantando el de la virtud. Es decir, que predominará el mal sobre el bien, y esto sucederá inevitablemente siempre que se les conceda iguales derechos.

De esta falsa noción de la libertad se deducen todas las perversas y peligrosas consecuencias del liberalismo. El que se cree y quiere ser libre en el sentido que el liberalismo da á esta palabra, no reconoce ningun freno á sus pasiones, y toda traba que se le ponga, por legítima y razonable que sea, le parecerá una insoportable tiranía. De aquí la proclamacion de esas funestas libertades, que son otros tantos abismos, como tendremos en breve ocasion de probarlo, y que aplicadas á la práctica, son la pesadilla continua de los buenos, y el gérmen más fecundo de trastornos y perturbaciones sociales. Por eso, el que abraza las doctrinas liberales, se siente fatalmente arrastrado de consecuencia en consecuencia, y de principio en principio, haciéndose cada dia más y más libre en sus ideas y en sus actos. No hay límite para contenerse en esta fatal pendiente. Tal es el dicho *progreso* con que nos brinda el liberalismo.

Las generaciones sobre todo, más que los individuos, avanzan á pasos agigantados en las vías del liberalismo. Los hijos son más liberales que los padres, y los nietos más todavía. En política, un progresista engendra á un democrata y éste á un republicano federal, que á su vez dá la vida á un socialista. En religion, un católico liberal, género exótico de una nueva herejía, tiene un hijo indiferentista, que despues viene á ser padre de un ateo. Asi es, que aquellas libertades que hace algunos años se proclamaban tímidamente como concesiones que la prudencia aconsejaba hacer al espíritu moderno, ó sea á las necesidades de la época, hoy se piden soberbiamente como *derechos*.

El *liberalismo*, pues, destruye la libertad ensanchando inconsideradamente su esfera y convirtiendo en un mal y en un peligro común el ejercicio de la facultad más noble del hombre.

De modo que hay una diferencia inmensa entre la libertad y el liberalismo, y aún una verdadera oposicion. Es la misma diferencia que hay entre razon y racionalismo, filosofía y filosofismo, sociedad y socialismo, y otras palabras semejantes que alteran el sentido de que proceden. Asi como racionalismo significa el abuso de la razon, filosofismo una falsa filosofía, y socialismo un sistema destructor de la sociedad, de la misma manera liberalismo significa una falsa libertad, un abuso de la libertad y su destrucción radical.

Lo que más llama la atención es que el liberalismo destruye la libertad en nombre de la libertad misma. Cuando el liberalismo viéndose fuerte ó apoderado del Gobierno, trata de reducir á práctica sus principios, apela generalmente á la violencia y á la fuerza bruta para imponerlos á los que no

piensan como él. Este sistema, en la práctica, es la contradicción más irritante, y al mismo tiempo la más palpable condenación de sus hipócritas teorías. Al paso que concede las libertades más amplias á sus partidarios, y autoriza y disimula todos sus excesos, lo niega todo á los que les son contrarios, y los oprime de mil modos cuando quieren hacer uso de las mismas libertades que proclama. El desconoce y menosprecia todos los derechos, por poco que le contraríen, y aniquila despóticamente todos los obstáculos que, dentro de su misma ley, embarazan su marcha. El liberalismo, como nos enseña una triste experiencia, es el despotismo más pesado, la tiranía más dura y la más odiosa arbitrariedad. Escrupuloso en proteger el error y sus pretendidos derechos, apenas deja á la verdad el derecho de defenderse cuando es oprimida, como sucede con frecuencia. Considerándolo por este lado, el liberalismo puede definirse: *El monopolio de la libertad en favor de unos pocos, así como también en favor del error.*

Esto es una consecuencia inevitable de las doctrinas liberales. El mal es esencialmente despótico, y si se le conceden las mismas facilidades, los mismos derechos y la misma protección que al bien, en breve prevalecerá sobre él.

Se proclama, por ejemplo, la libertad de imprenta, lo mismo para lo bueno que para lo malo, y en breve se llega á un punto en que, publicándose libremente los escritos más impíos é inmorales, no hay libertad para publicar las constituciones pontificias, y las pastorales de los Obispos, y se inaugura la más brutal persecución contra la prensa de oposición, y sobre todo contra la prensa católica. Se proclama la liber-

tad de asociacion, y mientras se aprovechan de ella los masones, los internacionalistas y las prostitutas, son disueltas las órdenes religiosas y las asociaciones de San Vicente de Paul. Se proclama la libertad de enseñanza y se cierran violentamente los colegios de los Jesuitas y los Seminarios, incautando sus edificios y destinándolos á cuarteles ú otros usos peores. Se proclama la libertad de cultos, y mientras con ella encuentran proteccion todas las sectas heréticas, son insultados los Ministros de la religion católica, prohibidas las procesiones, y hasta el llevar por las calles el santo viático. Esta opresion de la libertad del bien por la libertad del mal es un hecho constante en todos los paises regidos por Gobiernos liberales; todos mis lectores podrian citar numerosos hechos de que han sido testigos oculares. Nuestra revolucion ha sido y es una enseñanza elocuentísima de lo que es el liberalismo.

La razon de esto es bien clara. El mal, precisamente por ser tal, no repara en medios para conseguir sus fines, y sigue los impulsos de las pasiones, al paso que el bien, precisamente por ser tal, se encuentra limitado por sí mismo, tiene que atender á lo que le dicta la conciencia y muchas veces no puede hacer uso de las libertades que se le conceden. El mal es fácil y el bien es difícil; por eso, si se da á ámbos igual proteccion, el primero se desarrollará siempre á costa del segundo. Por consiguiente, el liberalismo es el patrocinador directo del mal y el opresor del bien, en el mero hecho de equiparar los derechos del uno y del otro. Esto áun en el caso de que permanezca sinceramente neutral.

Considerado bajo otro punto de vista, el libe-

ralismo es sinónimo de revolución, ó sea el espíritu revolucionario, que se empeña en introducir novedades en todos los elementos de la vida social; religion, leyes, costumbres, familia y propiedad. El es quien promueve todas las revoluciones políticas con el objeto de introducir sus innovaciones en las cosas públicas y privadas. El liberalismo es la pantalla de todos los ambiciosos que procuran escalar el poder para explotar la nación en provecho propio, y disfrazados con esta capa, ofreciendo libertades y mejoras, seducen á las turbas para trastornar el orden establecido. Para el espíritu revolucionario todos los pretextos son útiles y todos los medios buenos. De un siglo á esta parte no ha habido revolución, pronunciamiento, ni áun siquiera motin, que no se haya llevado á cabo tomando por pretexto la libertad.

El liberalismo se declara enemigo de todo lo antiguo, no por otra razón, sino porque envidia su gloria, que no puede imitar; reniega de sus tradiciones porque son la condenación de sus principios, y aboírece las instituciones, que son el testimonio viviente de la grandeza y sabiduría de los siglos pasados. Para emprender esta obra demoleadora, tiene continuamente en los labios una palabra seductora, el *progreso*. Pero profana y corrompe su significado lo mismo que el de libertad.

El progreso que defiende el liberalismo no es el adelanto constante hácia el bien, la tendencia continua hácia la verdadera perfección por medios legítimos y bien estudiados, hácia las mejoras ciertas y no aparentes de los individuos y de las sociedades. No, el liberalismo no entiende así el progreso, por más que lo proclame en todos

los tonos imaginables. El liberalismo entiende por progreso la negacion y el desprecio del pasado, la agitacion y la turbulencia de las pasiones, el movimiento sin objeto, el éxito del momento y el cambio de lo existente, sin tener nada positivo para sustituir á lo que derroca. No entiende por progreso los adelantos materiales de las ciencias, de la industria y de las artes, las maravillas que ha creado el génio del hombre y las sorprendentes invenciones modernas, que han venido á aumentar considerablemente el bienestar y las comodidades, tanto de los individuos como de los pueblos. El liberalismo entiende principalmente por progreso la práctica de los principios liberales con todos sus males, la realizacion de las perversas doctrinas proclamadas como *dichosas conquistas* del espíritu moderno; en una palabra, el triunfo de los errores políticos, religiosos y sociales, que se condenan en el *Syllabus*. Tal es el progreso del liberalismo, que merece más bien el nombre de destruccion.

De lo dicho se infiere que el liberalismo no es otra cosa que un protestantismo disfrazado para introducirse sin ser conocido en las naciones católicas, y llevar adelante su lucha tenaz contra la Iglesia. Desacreditado y vencido mil veces en el terreno religioso y científico, ha escogido por campo de batalla la política en sus relaciones con la religion, y se ha trasformado en liberalismo, que es la aplicacion práctica de las teorías protestantes. Cualquiera ve que los principios liberales y los protestantes son los mismos: la libertad omnímoda que conceden al individuo, haciéndole juez de sus actos y de sus convicciones, y la independendia en que le constituyen,

con menoscabo de la autoridad. Pero el liberalismo es un protestantismo, por decirlo así, de frac y guante blanco, que se acerca á la Iglesia con la sonrisa en los lábios, para hierirla mejor con la apariencia más respetuosa. Es cierto que á veces se descubre tal cual es, y clava sobre ella brutalmente sus feroces garras; pero en breve vuelve á recobrar su actitud atenta.

Poco le importa, sin embargo, ofender á la Iglesia, pues el liberalismo no tiene ninguna religion, sino que es indiferente á todas. Pero teme indisponerse con los pueblos católicos, si no respeta al parecer sus creencias, y por eso muchas veces se declara su protector. Pero es tan elástico en esta materia de religion, que sin violencia alguna se declara segun la oportunidad, y segun sus miras, ó católico fervoroso, ó luterano, ó ateo. Si le interesa proteger á la Iglesia contra la herejía, lo hace desde luego; pero si le interesa más proteger á la herejía ó á la incredulidad contra la Iglesia, lo hace todavía con más gusto.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el carácter general del liberalismo. Camaleon gigantesco que toma todos los colores, para extraviar y trastornar las ideas acerca de su naturaleza y propósitos, no ha podido evitar el ser conocido por sus obras, y sólo ha conseguido alucinar á muchos incautos ó tenaces que no pueden persuadirse de que este liberalismo que se les presenta con tantos halagos debe ser tratado como enemigo.

§ II.—PRINCIPIOS LIBERALES.

En confirmacion de lo dicho examinaremos brevemente algunas de las principales liberta-

des que predica el liberalismo, y veremos que son altamente absurdas y peligrosas, y que merecen la reprobacion de todo hombre honrado.

1.^a *Libertad de pensar.*—Hé aquí el error fundamental del protestantismo, que es la base del liberalismo.

Proclamar la libertad de pensar es lo mismo que proclamar la independenciam absoluta de la razon individual, ó sea el racionalismo con todas sus consecuencias.

Proclamar la libertad de pensar es autorizar, ó al ménos legitimar todos los errores, todos los delirios y todos los extravíos de la razon humana, abandonada á sí misma; es establecer la anarquía en el mundo moral é intelectual creando tantas reglas de la virtud y del vicio, tantos principios de las ciencias y del error, de la verdad y de la mentira opuestos entre sí, cuanto son los pensamientos humanos que se contradicen.

Proclamar la libertad ilimitada de pensar, es proclamar la libertad de obrar, porque cada uno obra como piensa. De lo contrario, sería la más odiosa tiranía obligar al hombre á obrar contra sus propias convicciones. Tampoco habría derecho á castigarle por sus propias acciones, si en virtud de la libertad de pensar, las ejecutaba con la firme conviccion de que eran lícitas, porque así lo pensaba y lo juzgaba en virtud de su derecho.

Además, toda sociedad bien ordenada tiene leyes y castigos contra sus infractores. Ahora bien, castigar una accion como mala, ¿no es obligar á pensar que es mala? ¿Podrá ser lícito pensar que una accion es buena, y sin

embargo ilícito el ejecutarla, siendo justa la ley que la prohíba y la castigue? Tan monstruosa contradicción sólo cabe en el liberalismo.

Proclamada la libertad de pensar, es consiguiente la libertad de manifestar sus pensamientos, pues de lo contrario, sería ilusoria. Por lo tanto, sería preciso admitir que todo hombre, á todas horas, en todo lugar, de todos modos, podría manifestar sus pensamientos por absurdos y subversivos que fuesen. Esto sería lo mismo que minar todas las bases de la sociedad. Luego no es posible admitir esta libertad en absoluto. Luego sí hay muchos casos en que necesariamente debe ser restringida, es absurdo que el liberalismo la quiera conceder ilimitada.

Cuando la ley de Dios, la Iglesia, que es su intérprete, la conciencia y la sociedad tienen alguna cosa como buena y honesta, ó tal otra como mala y perversa, no puede haber libertad de pensar de otro modo acerca de ella. Mucho ménos será lícito manifestar los pensamientos de cosas ilícitas ó falsas, porque esto contribuye á falsear los pensamientos de otros, inspirándoles ideas erradas, y precipitándolos en mil abismos.

Más, aun penetrando en el mismo santuario del pensamiento, dice Balmes, «en aquella region donde no alcanzan las miradas de otro hombre y que sólo está patente á los ojos de Dios, ¿qué significa la libertad de pensar? ¿Es acaso que el pensamiento no tenga sus leyes á las que ha de sujetarse por precision si no quiere sumirse en el caos? ¿Puede despreciar la norma de una sana razon? ¿Puede desoir

las consejos del buen sentido? ¿Puede olvidar que su objeto es la verdad? ¿Puede desentenderse de los eternos principios de la moral?»

Y en otro lugar dice el mismo: «La voluntad, los sentidos, los órganos, hasta los miembros, todo en el hombre está sujeto á leyes, y ¿no lo estará el entendimiento? No podemos usar de la última de nuestras facultades sin sujecion al órden moral: y la más noble, la que debe dirigir las á todas, ¿estará exenta de ley? Una accion de la mano, del pié, podrán sernos imputadas, y ¿no lo serán las del entendimiento? ¿Seremos responsables de nuestros actos externos y no lo seremos de los internos? ¿La moralidad se extenderá á todo excepto á lo más íntimo de nuestra conciencia?»

Tal es el principio fundamental del liberalismo, que, como hemos visto, no puede ser más absurdo.

Más si por libertad de pensar quiere dar á entender el liberalismo que los actos del pensamiento, como internos, no pueden ser violentados, ni encadenados, y que no pueden ser juzgados por ninguna autoridad humana, entónces dice una vulgaridad que nadie niega, ni ha negado jamás. Sólo Dios ve los pensamientos, y sólo á EL ha de dar cuenta el hombre de los abusos de su inteligencia. Pero cuando estos pensamientos se manifiestan exteriormente, pasan á ser actos, que no pueden ménos de estar sujetos á la ley, ya en sí mismos, ya por sus relaciones con los demás miembros de la sociedad. Todas las legislaciones castigan á la inteligencia que dirige un crimen más que al brazo material que lo ejecuta.

2.º *Libertad de imprenta.*—Dificilmente pueden darse elogios exagerados á la imprenta.

si se atiende á los inmensos bienes que ha producido, á los inapreciables beneficios que ha hecho á la causa de la religion, á las ciencias, á la industria y á la civilizacion (1). Todos los ramos del saber humano hicieron los más asombrosos adelantos, tan pronto como vino en su apoyo este poderoso agente de la propagacion de las ideas.

No ménos difícil es lanzar contra la imprenta los anatemas que merece, si se atiende á los incalculables daños que ha ocasionado su abuso en todos los órdenes de la sociedad.

Tanto como la imprenta es utilísima y beneficiosa, si se hace buen uso de ella, otro tanto es dañosa y perjudicial si se abusa de la misma. Es un arma poderosísima, lo mismo para el bien que para el mal, segun quien la maneja, cuyos efectos son tan rápidos como extensos y duraderos.

El abuso de la imprenta es facilísimo, por ser un elemento accesible á todos, y una vez cometido, son terribles sus estragos en las ideas, en la política, en las costumbres y en la religion. De aquí se infiere fácilmente que no puede concederse la libertad de imprenta, sino que se necesita tomar muchas precauciones y muchas medidas de prudencia para impedir sus abusos que son tan funestos.

La libertad de imprenta es un peligro continuo para la sociedad y sus intereses permanentes, porque esta libertad se proclama precisamente en favor del mal, en favor del abuso.

(1) El gran Leon X miraba á la imprenta como una invencion inspirada por el Cielo, que habia proporcionado innumerables beneficios á los hombres.—Const. *Inter infortitudines*, en el Concilio de Letrau el año 1515.

El bien jamás ha encontrado trabas para publicarse, sino aquellas indispensables que pone la ley para prevenir la publicación del mal. El liberalismo, al defender esta libertad, se acredita de ser, no propagador de las luces, sino protector del error; no amigo de las ciencias, sino enemigo de la sociedad. Su conducta en esta parte es semejante á la de quien pusiera armas de fuego cargadas en manos de niños, ó de hombres mal intencionados.

La experiencia, que es la maestra de la vida, enseña que, á pesar de la severa vigilancia ejercida sobre la imprenta, han sido muchos los daños que ha causado; pero que han sido infinitamente mayores, cuanto mayor ha sido la libertad que se ha concedido á la prensa. La corrupcion y la inmoralidad se han propagado espantosamente, se han multiplicado los escándolos, se han fomentado las revoluciones, los motines y las asonadas, y, en una palabra, se ha prostituido este noble arte, haciéndose eco de todas las infamias, órgano de todas las calumnias, incentivo de todas las malas pasiones, hasta el extremo de que ha sido llamada con razon la *lepra de las sociedades modernas* 2.

No podia suceder otra cosa, pues la libertad de imprenta pone á ésta al servicio de la ignorancia, del error, de la malicia, de los ódios y de las innobles venganzas. Escritores sin conciencia, que venden su pluma á todas las malas causas, han inundado al mundo de folletos libelos y otras mil producciones impías y escandalosas, explotando por una vil ganancia la

(2). *¿Qué peste más mortífera para el alma, dice San Agustín, que la libertad del error?*

pasiones y los vicios de los pueblos, y presentando un peligroso cebo á todos los vicios.

Es, por lo tanto, tan absurda como perniciosa la libertad de imprenta; y, sin embargo, el liberalismo la proclama como un *derecho natural del hombre*. Pero, dice un escritor, ¿cuándo se ha apellidado derecho la licencia de insultar y atropellar todos los derechos? ¿Cuándo la naturaleza ha concedido al hombre la facultad de pensar, hablar y escribir contra el hombre, contra la sociedad, contra Dios y su religion? La calunnia, la sedicion, la impiedad y la herejía, ¿no están acaso proscritas por el derecho natural y divino? Los defensores de la ilimitada libertad de imprenta confunden la libertad, en el órden moral, con la facultad física. El hombre, en ese órden, no es más libre por naturaleza de emitir y publicar sus pensamientos inmorales, irreligiosos y antisociales, que lo es para matar injustamente á otro hombre. No tiene derecho de publicar escritos que quiten la vida del alma.

La sociedad tiene derecho á que se la instruya en la verdad y en las sanas doctrinas en que consiste la verdadera civilizacion, y á que se lancen de su seno el error y el vicio, porque éste es la gangrena que la acaba y aquel un elemento que la engendra. El error es el oscurantismo positivo. Toca, pues, á la potestad política, á quien cumple el deber de defender los derechos de la sociedad y alejar de ella todo lo que puede ser causa de su ruina, poner límites á la licencia tipográfica.

Padecen un engaño lamentable todos aquellos que opinan ser esa ilimitada libertad un medio de progreso y civilizacion. ¿Cómo es

posible que la publicacion del error, del sofisma, de la ilusion y de las doctrinas inmorales ó irreligiosas, pábulo de los sistemas desorganizadores y de los grandes vicios, puedan tener influencia en la consecucion de aquellos grandes objetos? ¡Doctrina peregrina que se jacta de haber hallado el secreto de sacar efectos buenos de unas causas malas, y de establecer el órden, la civilizacion y la moralidad sobre elementos de suyo disolventes, erróneos é inmorales!

La libertad bien entendida es sin duda un derecho del hombre. Miéntras éste usa de su libertad para pensar, hablar y escribir, segun razon y beneficio comun, hace uso de uno de sus derechos, que nadie le puede disputar ni impedir. Más desde luego que abusa de ese don para violar alguno de los derechos natural, divino ó humano, desde luego que la publicacion de sus pensamientos puede dañar al bien comun ó particular, ese derecho degenera en licencia, en abuso: es un desórden, no un derecho. Segun los principios de los mismos adversarios, el hombre vive en sociedad, y queriendo todos aquellos bienes que esta union le promete, cede de su libertad cuanto exige la consecucion de estos bienes. La sociedad ó sus representantes, y no el individuo, son los jueces de esta cesion y de cuánto deba extenderse. Se hallan, pues, en concurso la libertad natural del hombre y el deber de restringirla que el mismo hombre ha abrazado, entrando en sociedad. Esta tiene el derecho de coartarla, cuando sea necesario al bien comun; y el hombre el de ejercerla sólo en cuanto no esté en contradiccion con aquel. La sociedad, pues,

que puede coartar la libertad en las acciones cuanto es necesario á la pública felicidad, puede tambien poner un freno á la seduccion de la palabra y del sofisma, ó impedir la perversion de sus miembros, que pueda provenirle por parte de la prensa.

La ley que pone un freno á la licencia del individuo, no viola ningun derecho de su libertad, sino que esa ley, al propio tiempo que es la salvaguardia de los derechos de todos, es tambien una defensa que garantiza á ese mismo individuo del abuso que los otros pudieran hacer en daño del mismo.

Para corregir los abusos de la prensa no basta la represion, ó sea el castigo despues de cometido el delito; es preciso el *sistema preventivo*. La legislacion perfecta y digna de hombres racionales, grandes y profundos, es la que impide los delitos, y no aquella que los castiga sin prevenirlos. Si permite la perpetracion de los delitos, para castigarlos, es una legislacion imbécil, ó, mejor dicho, es una legislacion feroz y sanguinaria. Seria además una legislacion inútil que las más veces no conseguiria sus fines. La represion llega siempre despues que se ha hecho el daño. Prendido el fuego de la revolucion sediciosa en las ideas por los periódicos, cundido el cáncer de la inmoralidad en la sociedad por los impresos licenciosos, tarde ó inútilmente acudirá la autoridad con la aplicacion de la ley para impedir «sus estragos consiguientes» (1).

Por último, observaremos que en la práctica

(1) Véase Gual, *Equilibrio entre las dos potestades*, en el título 19.—Franco, *Respuestas*, etc., tomo II, cap. 18.

la libertad de la prensa, tal cual la entiende y la concede el liberalismo, es la libertad de blasfemar de las cosas más sagradas, y de atacar á la Iglesia y á sus ministros; pero no es de ningún modo la libertad de atacar á los Gobiernos, y oponerse á sus planes. ¡ Desgraciado del escritor que tal haga ! El liberalismo es fecundo en hallar culpas en quien quiere, á pesar de todas las libertades. Si hay en la prensa una voz que le incomoda, por más que se encierre en la más estricta legalidad, bien pronto la hará callar á fuerza de multas, denuncias, prisiones, destierros, detenciones en el correo, y, si es preciso, ataques á mano airada de la *partida de la porra*.

Con razon, pues, la Iglesia ha condenado la libertad ilimitada de la prensa, y ha dado acertadísimas y repetidas reglas para impedir sus abusos, mandando que todo lo que haya de publicarse sea revisado y aprobado previamente por los Obispos. Muchos Papas han lamentado los males de la libertad de imprenta : entre ellos Gregorio XVI la califica de *perversísima, detestable y nunca bastante execrada* (2) ; y Pio IX ha condenado en la proposicion 79 del *Syllabus* á los que dicen que «es falso que la libertad civil de cualquiera culto, y la plena facultad concedida á todos de manifestar clara y públicamente cualesquiera opiniones y pensamientos, contribuya á corromper más fácilmente las costumbres, y las ideas de los pueblos, y á propagar la peste del indiferentismo.»

3.^a *Libertad de enseñanza.*—Esta es la más perniciosa de las libertades que predica el libe-

2 Enciclica, *Mirari vos*, 15 de Agosto de 1832.

ralismo. Si las otras libertades son tan funestas, á pesar que se refieren á hombres formados, y, por lo tanto, ménos expuestos á la seducción, ¡qué será la libertad de enseñanza, cuyos perversos efectos tienen lugar principalmente sobre la inocente niñez, y sobre la inexperta juventud, sobre esa edad, en una palabra, que recibe con toda docilidad las ideas que se le inculcan, que no puede formar juicio por sí misma de lo que aprende, y que por lo mismo está expuesta á ser víctima indefensa del error y de la perversion?

Todos los pueblos han mirado con el mayor interés la educación de la juventud, han procurado con el mayor celo que sea instruída en principios sanos, en ideas verdaderas y sólidas, y que los maestros sean sábios y virtuosos. Sólo de este modo pueden formarse ciudadanos pacíficos y honrados y justos. Sólo de este modo se asegura la moralidad, el bienestar y la grandeza de las naciones.

Estaba reservado al infausto liberalismo abandonar la enseñanza como una cosa baladí á merced de cualquier ignorante ó de cualquier perverso. Sólo este principio bastaría para que el liberalismo fuese execrado por todas las gentes honradas.

Defender la libertad de enseñanza, es defender y áun autorizar la propaganda del error. Dada esta libertad, será lícito enseñar todas las impías y monstruosas teorías del ateísmo, del socialismo y del comunismo: será lícito amaestrar á los jóvenes en los principios más disolventes, y áun en el robo y en el libertinaje: será lícito hacer de ellos otros tantos enemigos futuros del sosiego público. Porque admitidos

á la enseñanza maestros protestantes, incrédulos, indiferentes, socialistas ó ateos, es natural que han de educar á sus discípulos segun sus propias ideas y convicciones. El derecho natural y divino prohiben que se exponga á la juventud á este peligro tan seguro é inevitable de perversion. El sentido comun rechaza tan funesta teoria, y se levanta con la más viva y justa indignación contra los mónstruos que son capaces de defenderla. Siempre han sido y serán mirados con horror los hombres que emprenden la diabólica obra de pervertir á la juventud en cualquier sentido.

Únicamente la verdad y la sana moral, tienen derecho á ser enseñadas; sólo ellas tienen el derecho de asiento en el entendimiento, y en el corazon del hombre, y en el seno de la sociedad. Enseñar directamente el vicio y el error es un crimen, y el Gobierno que lo consienta ó aun lo tolere, léjos de ser amigo de la libertad, es un tirano, que oprime al pueblo que gobierna y le prepara en el porvenir numerosos trastornos, calamidades terribles y espantosos cataclismos.

Bueno es procurar disminuir todas las trabas posibles á la enseñanza de las ciencias; bueno es abrir á todos la puerta de todas las carreras, y poner éstas al alcance de todas las fortunas, y de los medios que pueda disponer cada uno; pero de esto á abandonar la enseñanza en manos de cualquiera, media un abismo. ¿Tan corta es la prevision del liberalismo, tan limitado su poder y sus alcances, que no halla medios lícitos de hacer aquello sin autorizar la enseñanza del error? En los ominosos tiempos del *oscurantismo*, que tan pérfidamente lamentan

los liberales del día, en que la Iglesia fundaba las más célebres universidades, y multiplicaba los colegios, y en que cada Convento era un centro de instrucción sólida y sana, cualquier hijo del pueblo, por pobre y miserable que fuese, podía hacer una brillante carrera sin ningún gasto, y podía elevarse y se elevaba á los puestos más encumbrados. ¿Por qué no facilita lo mismo el liberalismo?

La libertad de enseñanza sólo sirve para producir jóvenes pedantes, infatuados con algunas nociones superficiales y mal digeridas, que con la osadía de la ignorancia y por medio del favoritismo, escalan todas las profesiones, y son una calamidad para los que tienen la desgracia de encomendarles sus asuntos. Médicos, abogados, literatos, maestros, etc, improvisados en pocos meses, y que son todavía menos que medianías, hé aquí los frutos de la libertad de enseñanza, hé aquí lo que tienen que agradecerle las ciencias y los intereses de la sociedad.

Pero el liberalismo, al predicar esta libertad, se propone principalmente arrebatarse á la Iglesia el derecho de enseñar, que le confió Jesucristo. No lo disimula, en verdad, pues proclama en todos los tonos la *secularización de la enseñanza*. Fácil es adivinar lo que con esto se propone el liberalismo. Apoderándose de la juventud para formarla y educarla en sus máximas, independientemente de toda acción de la Iglesia, en breve conseguirá su objeto de *desecularizar* á los pueblos.

Por esta razón Pío IX condenó con mucha justicia en el *Syllabus* los errores que afirman que todo el régimen de las escuelas públicas,

su disciplina, el plan de estudios, la colacion de grados y la eleccion y aprobacion de los maestros, pertenece exclusivamente á la autoridad civil, sin intervencion ninguna de la autoridad de la Iglesia (1), y que los católicos pueden aprobar un sistema de educar á la juventud que esté separado de la fé católica y de la potestad de la Iglesia, y que tenga por objeto único, ó al ménos principal, las ciencias de las cosas naturales, y los fines de la vida social. (2) La educacion más importante para el hombre es la educacion religiosa, que es la única que le dirige rectamente á su último fin, y ésta no puede darse sin intervencion de la Iglesia.

Añadiremos que el liberalismo no se contenta con negar la intervencion de la Iglesia en la enseñanza, sino que prohíbe la enseñanza de la doctrina católica. En nombre de la libertad de enseñanza se prohíbe enseñar en las escuelas el Catecismo, y aún toda religion positiva. ¿Puede darse mayor sarcasmo? En nombre de la libertad de enseñanza tiene el maestro steo libertad de enseñar el ateísmo, y no la tiene el católico de enseñar el Catecismo. ¿Puede haber mayor inconsecuencia? Por último, en nombre de la libertad de enseñanza tiene derecho el maestro de enseñar lo que se le ap-

1 Prop. 45 y 47.

2 Prop. 48. Los verdaderos católicos, dice el Ilustrísimo señor Chantre de Santiago, sin oponerse á que la juventud adquiera todos los conocimientos naturales que puedan serle necesarios ó útiles para la vida social, quieren con muchísima razon que la enseñanza de las verdades reveladas tenga el principal lugar en las escuelas, y que por esta causa se permita á la potestad eclesiástica ejercer en ellas el derecho de vigilancia é inspeccion, que no puede negársele sin ir contra el Evangelio.

toje, y, ¿ no lo tendrán los padres católicos, de que sus hijos sean educados como ellos quieran y en la religion que ellos profesan? ¿ Puede darse más insoportable tiranía? Así es en todas sus cosas el liberalismo.

4.ª *Libertad de cultos.*— Dos Papas, Gregorio XVI en su encíclica *Mirari vos*, y Pio IX en su encíclica *Quanta cura*, califican de *delirio* la doctrina del liberalismo acerca de la libertad de cultos, entendida como este la entiende, “ que la libertad de conciencia y de cultos es un derecho propio de cada hombre, el cual debe ser proclamado y garantizado en todo estado que tenga buen gobierno.”

No niega la Iglesia que en muchas ocasiones se puede tolerar el ejercicio público de un culto falso, en aquellas naciones en que así lo exijan sus circunstancias especiales, y, por lo tanto, esta tolerancia no podría negarse sin gravísimos inconvenientes. Pero cualquiera comprende que este es un mal grave, que como expresa la misma palabra, se *tolera* porque no se puede evitar.

Aun en este caso, el error tolerado nunca podría aspirar á los mismos derechos y protección que la verdad; y, sobre todo, tratándose de países católicos que han estado por muchos siglos en posesion tranquila de su religion.

La verdadera religion no es ni puede ser más que una, como es uno Dios, y una la Iglesia que ÉL fundó para dar á conocer á los hombres su voluntad respecto al modo con que quiere ser honrado. Por lo tanto, todo hombre tiene una estrecha obligacion de abrazar la religion verdadera, para dar á Dios el culto que ÉL desea. De lo contrario, se hacen reos de condenacion, segun dice terminantemente el Evangelio y ya lo

hemos probado en varios lugares. Luego no es libre al hombre creer y practicar exteriormente la religion que quiera. Y avanzaudo más en la conclusion, el Estado, que tiene obligacion de promover el verdadero bien de sus súbditos, no puede autorizar el ejercicio de otra religion que la verdadera: exceptuando, como hemos dicho, el caso en que esto sea inevitable á fin de impedir mayores males.

Y al hablar así, no nos referimos á la tolerancia teológica, pues ésta es á todas luces impía y absurda, y se confunde con el indiferentismo. Esta no es otra cosa que la conviccion de que todas las religiones son igualmente buenas, y, por consiguiente, igualmente tolerables. Esta tolerancia es un ateismo disfrazado, que en el mero hecho de admitir á todas las religiones, no reconoce ninguna. Segun éstos, el Catolicismo habria de ponerse en la misma línea que el islamismo, el budismo, el paganismo y todas las falsas religiones con todas sus monstruosidades. Esto es tan absurdo que no necesita refutacion, pues no es posible que cosas tan contradictorias sean á un mismo tiempo verdaderas.

Nos referimos á la libertad civil, que sin pre-juzgar la verdad de ninguna religion, ó aun reconociendo como única verdadera á la católica, autoriza el ejercicio de las otras, en donde no haya necesidad creada por las guerras, por las adquisiciones de territorios de diferentes religiones, ó por otros motivos. Decimos que esta libertad es inmoral, impolítica y absurda. Es *inmoral*, porque conduce al indiferentismo; porque es causa de muchos y graves escándalos para muchos ciudadanos; porque autoriza los ataques

contra la religion verdadera y las prácticas contrarias á las suyas; porque hay muchas religiones inmorales, como por ejemplo, las que autorizan la poligamia y otros excesos; porque facilita las apostasías de los buenos, y, por último, porque una triste experiencia enseña que admitida la libertad de cultos, progresa de una manera lamentable el libertinaje y la corrupcion. *Es impolítica*, porque los más distinguidos hombres de Estado consideran la unidad religiosa como un bien inapreciable, como una de las condiciones más indispensables de la paz y la felicidad de las naciones; y, por el contrario, la libertad de cultos como una fuente inagotable de disensiones, escándalos y enemistades. No hay cosa en el mundo que divida los ánimos más profundamente que las disensiones religiosas. Es, por lo tanto, una locura criminal destruir la unidad religiosa de los pueblos que tienen la dicha de poseerla. Es tambien impolítica la libertad de cultos en los pueblos que en su totalidad, ó al ménos en su inmensa mayoría, son católicos porque favorece exclusivamente á unos pocos extranjeros generalmente, con perjuicio notable de casi todos, que son los nacionales, que tienen derechos adquiridos al ejercicio tranquilo de su religion. Finalmente, es *absurda* por las razones indicadas. Lo es tambien porque no conduce á lo que pone por pretesto de ella el liberalismo, á saber: la afluencia de capitales extranjeros, el planteamiento de nuevas industrias, etc. Esto es falso. No hay nacion que se haya hecho floreciente y rica á consecuencia de la libertad de cultos, y podríamos citar, por desgracia, alguna que ha decaído visiblemente, y que camina á pa-

nos de gigante á su ruina total. ¿Y quién puede negar que la destrucción de su unidad religiosa es la causa próxima ó remota de todas sus desgracias? Y, en fin, aunque aquello fuera cierto, ¿puede haber cosa más absurda que despreciar un bien positivo y seguro, como es la unidad religiosa, por la perspectiva de un bien eventual mucho menor?

Y, ¿quién ignora de qué modo se entiende y se practica por el liberalismo esta libertad de cultos? Hablando con propiedad, se reduce á abrir las puertas al protestantismo de quien aquel se considera con justicia legítimo heredero. Despues de esto, á perseguir incesantemente al Catolicismo, impidiendo las solemnes manifestaciones de su culto, á autorizar los ataques contra nuestra santa religion y sus ministros, y á destruir sus instituciones y profanar sus fiestas. Tal es el significado genuino y el objeto verdadero de la libertad de cultos. Todos nosotros hemos presenciado numerosos hechos que prueban esta triste verdad.

La índole compendiosa de esta obra no nos permite refutar con más extension tan absurdas y funestas libertades, como tambien otros principios y errores que sustenta el liberalismo. Por lo demás, ¿qué proceso no puede formarse á este pérfido enemigo, poniendo de relieve las doctrinas que defiende? ¿Manifestando lo que significa la revoltosa utopia de la *soberanía popular*, la injusticia irritante de los *hechos consumados*, el cruel y odioso principio de *no intervencion*, la ridícula farsa del *sufragio universal*, el concubinato reglamentado que se llama *matrimonio civil*, la salvaguardia de los malos que se llama *libertad de asociacion*, y tantos

otros principios á cual más absurdos, anárquicos é inmorales condenados por la Iglesia y por todos los hombres de bien?

Pero no tenemos que insistir sobre esto, pues todos estamos lamentando bien á costa nuestra las funestas consecuencias de estas doctrinas desoladoras.

“Por fortuna, dice un juicioso folleto recientemente publicado, están hoy los entendimientos bastante ilustrados para comprender que el sufragio universal lleva consigo, además de una inmensa y peligrosísima conmocion social, una utopia irrealizable y falsa, y que nunca expresa por el pueblo su verdadera libertad ni puede expresarla. Por fortuna nadie duda que la libertad de cultos es un criminal ataque á las creencias de un país profundamente católico, en que nadie la quiere, la pide ni la ha menester, y donde, á Dios gracias, sólo tiene razon de ser y sólo impera la religion verdadera. Por fortuna convienen todos en que la libertad de enseñanza es en España un principio deletéreo, encaminado tan sólo á proporcionar á los inocentes niños el alimento de las nocivas doctrinas, que tendia á alejar de ellos la intervencion del Estado y la vigilancia del Clero en la educacion pública; que la libertad de asociacion para fines políticos, sin producir jamás bien alguno, es un foco de agitacion perenne y de constante alarma para las poblaciones y las familias; que la libertad ilimitada de imprenta es el mayor elemento de corrupcion y la mayor fuente de escándalos que puede llevarse á los pueblos; que el juicio por jurados es la aplicacion de la ley confiada á la ignorancia y la impunidad de los delitos erigida en sistema, y que la

abolición de la pena de muerte en un país donde los delinquentes viven sin freno, la autoridad carece de fuerza y la anarquía impera en absoluto, es la supresión del último dique que quedaba ya para contener á la criminalidad desbordada. Sobre todos estos puntos, que constituyen el credo político de la escuela liberal, es completa la unanimidad de pareceres en el sentido que dejamos expuesto, y ocioso, por lo tanto, insistir en lo que á nadie ofrece duda." (1)

No podíamos hacer mejor resúmen de lo que hemos escrito en este artículo.

§ III.—LOS HOMBRES DEL LIBERALISMO.

Al tratar este punto seremos sumamente parcos, y declaramos que no queremos aludir á ninguna persona determinada. Nuestro objeto es únicamente manifestar la perversa influencia que el liberalismo ejerce en los que lo profesan, ó, de otro modo, el carácter general de los hombres que siguen sus doctrinas. Confesaremos también que hay honrosas excepciones y que los liberales son siempre mejores que sus principios. Y, por último, que por los liberales no han de entenderse precisamente los partidarios de un sistema determinado meramente político, pues todas las formas de Gobierno pueden ser buenas si son practicadas, sino los que por sistema defienden los errores de la escuela liberal y sus consecuencias, y quieren subordinar á su política todos los fundamentos de la sociedad.

Cansados estamos de oír acusar en todos los tonos, en público y en privado, de palabra y por escrito, á los pro-hombres del liberalismo, á los

1 *La doctrina católica y la escuela liberal*, por don José María Antequera, página 25.

que gobiernan la máquina. Los escándalos de su conducta política y privada, su inconsecuencia consigo mismos, el descaro y cinismo con que niegan en el poder lo que sostuvieron en la oposición, y que fué causa de su elevación, son conocidos de todo el mundo y son el pábulo de todas las conversaciones. Es demasiado cierto, y la opinión se lo echa en cara con indignación, que hacen lo mismo y más que lo que reprendieron ágricamente en otros que quieren explotar á los pueblos en provecho propio, que los principios que defienden no son sino la pantalla de sus ambiciones, estando siempre dispuestos á sacrificarlos ó á cambiarlos por poco que convenga á sus intereses y que no conocen el decoro público. Además, que posponen los sagrados intereses de la patria á los intereses de su partido.

Es demasiado cierto, y la conciencia pública los carga con sus anatemas y su desprecio, que hombres que no tenían un real han improvisado de la noche á la mañana fortunas colosales, y se han dedicado á derrocharlas con el mayor escándalo mientras les llega el turno de rehacerlas de nuevo; que muchos están diestros en preparar á su gusto jugadas de bolsa, causando la ruina de muchas familias honradas; que otros especulan sin ninguna delicadeza en las contratas del Estado; que aquellos trafican sin ningún rebozo con los empleos y negocios; que falsifican documentos y expedientes, y que lo venden todo, en una palabra, lo mismo en la justicia que en la administración.

Es demasiado cierto que estos liberales se distinguen por su aversión á la Iglesia y á sus ministros, á la religión y á sus prácticas, y que no dejan pasar ocasión de manifestar esta aversión

en sus conversaciones, en sus escritos y en sus actos. Estos *hombres libres*, ó no tienen ninguna religion, ó viven como si no la tuvieran. Y, ¡cosa notable y digna de llamar la atencion de todos los hombres pensadores! Cuanto más avanzan los hombres en el liberalismo, son más hostiles al Catolicismo y se complacen más en hacerle guerra, y hacen más público alarde de no cumplir y aún despreciar las obligaciones del cristiano. Esto es tan público que nadie puede negarlo ni aún tergiversándolo. Recomendamos este hecho constante á la meditacion desapasionada de los hombres de bien, y especialmente de aquellos que se llaman *católicos-liberales*.

Es demasiado cierto que muchos liberales están afiliados en la masonería, y que muchas veces, cuando son poder, se ven precisados á ser dóciles instrumentos de sus planes.

Es demasiado cierto que los que más tenazmente defienden el liberalismo son generalmente aquellos que se han enriquecido adquiriendo bienes nacionales por un pedazo de pan; aquellos á quienes gusta vivir á sus anchuras; aquellos que sin méritos sólidos aspiran á los destinos públicos; aquellos que son amigos de novedades y revueltas, y están siempre dispuestos á levantarse contra la autoridad legítima, y, en una palabra, aquellos que están pervertidos ó en sus ideas ó en su corazón.

Tales son en general los liberales, teniendo presentes las salvedades hechas arriba. Hombres que privadamente suelen tener las más bellas cualidades, cuando obran inspirados por el liberalismo, se olvidan lastimosamente de ellas y adquieren todos los defectos y vicios del sistema que sustentan.

Nada decimos de su vida privada, que es siempre un terreno vedado al escritor. Además la caridad católica nos manda echar un velo sobre las flaquezas ajenas, comunes más ó ménos á todos los hombres. Pero si un observador curioso bajase demasiado sus miradas en la conducta de muchos de éstos y nos dijese que era relajada, inmoral y llena de cienes, no lo extrañaríamos, por mucho que lo lamentásemos, sabiendo que no puede esperarse otra cosa de hombres que dan demasiada importancia á la vida presente y que viven en público sin practicar ninguna religión.

Lo cierto es que el liberalismo ha aumentado en los pueblos la inmoralidad, y cuando ésta se hace pública, es porque es corrompida la vida privada.

§ IV. — EL LIBERALISMO Y LA IGLESIA.

El mayor peligro que ofrece el liberalismo para seducir á los pueblos católicos es que quiere pasar por católico y por hijo fiel de la Iglesia.

Lo que hemos dicho hasta aquí basta para comprender que no tiene ningún derecho á este título; pero además debemos probar que es su enemigo declarado.

Para evidenciar esto, no hay más que recorrer la historia del liberalismo, y considerar su conducta con la Iglesia. No hay mejor testimonio que el de las obras.

O el liberalismo se siente débil, y para afianzarse necesita de la Iglesia, ó se siente fuerte y bien arraigado en el poder, y entónces la Iglesia le estorba para dominar en absoluto.

En el primer caso se muestra sumiso y respetuoso, y se declara hipócritamente amigo y áun

protector de la Iglesia, porque la considera como una potencia con la cual se debe contar. Entónces la halaga en público, y toma un lenguaje moderado y piadoso para tratar con ella, á fin de atraerse á los pueblos católicos. Pero interiormente la detesta, y favorece los ataques que se hacen contra ella, y si ésta se queja, responde que son abusos que no puede evitar, y hace mil protestas de adhesión; á fin de desarmarla.

Conseguido esto, abusa de la indulgencia de esta madre cariñosa para firmar con ella *Concordatos* en que ésta sale siempre perdiendo, y haciendo concesiones en obsequio de la paz, y que respeta y cumple con la más escrupulosa fidelidad; al paso que el liberalismo los infringe á cada paso, y cuanto más se le concede, tanto más quiere extender la línea de sus usurpaciones.

En el segundo caso, si se ve bastante fuerte para luchar frente á frente con la Iglesia, le declara la guerra más encarnizada, y arrojando la máscara, manifiesta sin ningun rebozo que su objeto principal es la destrucción del Catolicismo. Entónces, que nada tiene que temer de ella, desprecia su autoridad, y desoye sus amonestaciones, y procura esclavizarla y contrariar su influencia mientras llega el caso, si fuera posible, de destruirla por completo.

Para llegar á este fin, emplea todos los medios que tiene en su mano. Él la calumnia, la ataca y quiere desacreditarla en la opinión de los pueblos, presentándola como enemiga del progreso y de la libertad en conversaciones, periódicos, revistas, folletos, discusiones, novelas, comedias y hasta caricaturas.

Pero en uno y otro caso, sea que el liberalismo tienda visiblemente una mano amiga á la Iglesia,

alargando otra en la sombra á todos sus enemigos, sea que declare francamente el ódio que la profesa, el resultado es el mismo, con más ó menos descaro, con más ó ménos disimulo: la opresion de la Iglesia, el atropello de sus derechos y la persecucion de sus ministros.

No hablamos de otros mundos imaginarios, sino de cosas que han pasado ante nuestros ojos, de hechos repetidos una y otra vez y conocidos de todos. Apenas se consuma una revolucion en favor del liberalismo, las primeras disposiciones de ésta, despues del triunfo, son siempre contra la Iglesia: sus primeros decretos, contra el Clero, contra las Ordenes religiosas, y contra cualesquiera instituciones católicas, sean de enseñanza, sean de caridad. Los que no desconozcan por completo la historia de este siglo, sabrán hasta qué punto es cierto lo que acabamos de decir. Y concretándonos á España, nos limitamos á citar dos épocas, el célebre *bienio* de la dominacion de los progresistas de 1854 á 1856, y la última revolucion de 1868, en la cual el liberalismo se ha manifestado sin rebozo.

Esta urgencia, por decirlo así, de causar disgustos y perjuicios á la Iglesia, esta ánsia de saciar el ódio contra ella, indica bien á las claras el antagonismo que hay entre aquella y el liberalismo. Si se medita bien este hecho, y los sentimientos que revela, se sacarán de él muchas pruebas de la razon que ha tenido la Iglesia para acusarle como su más irreconciliable enemigo.

Cualquiera diria que el objeto principal del liberalismo, al querer apoderarse del gobierno, es legislar contra la Iglesia. Nosotros hemos visto repetirse los golpes contra ella un dia y otro dia sin interrupcion, á pesar de los diversos ma-

lices políticos de los partidos que se han sucedido en el poder, como si todos ellos estuviesen agitados por un ódio común, y de acuerdo sólo en este punto. La persecucion ha podido ser más ó menos violenta, pero no ha cesado un momento.

Seria interminable referir las heridas que se han causado á la Iglesia en España, y las violencias y arbitrariedades cometidas contra ella. Recordaremos sólo la expulsion de los Jesuitas, y de las demás Ordenes religiosas, y el haber cerrado sus colegios, donde se educaba lo más florido de la juventud; la supresion de las sociedades de San Vicente de Paul; la traslacion violenta de las Monjas, aglomerándolas en otros Conventos, despues de haberlas despojado hasta de las dotes de patrimonio particular que aportaron al cláustro, y negarles el pago de su miserable asignacion; la libertad de cultos decretada contra los sentimientos expresos de la totalidad de la nacion, exceptuando algunos pocos más que los que la votaron; los alardes de ateismo y las blasfemias contra la Virgen y las cosas más santas que se oyeron en el Congreso, llevados más tarde hasta el ridiculo de suprimir en los documentos oficiales la antigua y proverbial fórmula: *Dios guarde á usted muchos años*; la supresion de la renta de los Seminarios; la suspension de provision de prebendas y beneficios; la secularizacion de los cementerios; la infame incautacion de los archivos eclesiásticos; la imposicion del matrimonio civil, y el escándalo de declarar ilegítimos á los hijos habidos únicamente del verdadero matrimonio canónico; la formacion de causa á los Obispos; la promocion del cisma de Cuba; el ódio y las persecuciones contra el Clero, que muchas veces no ha podido

salir á la calle sin exposicion de su vida; el juramento de la Constitucion atea prescrito al mismo Clero, añadiendo el insulto de que en caso contrario no le pagarían sus asignaciones, y efectivamente, se está cometiendo la injusticia de no pagarle hace cuatro años; la supresion del Catecismo en las escuelas; los escandalosos atropellos de los católicos en el aniversario de la elevacion de Pío IX; el desenfreno de la prensa contra las cosas más sagradas, y otras muchas cosas que no tenemos presentes en este momento.

Y, ¿quién ignora los insultos hechos á los sentimientos católicos, la profanacion de los Temples y la multitud de ellos que ha derribado el liberalismo ó que se ha apropiado, destinándolos á usos profanos y muchas veces indignos? ¿En qué pueblo no hay alguna Iglesia ó Convento, que se ha convertido en almacenes, en cuarteles, en cafés, en teatros ó en salones de baile? El furor desatentado de destruir edificios sagrados, ha llegado en estos últimos años á tal extremo, que la Academia Arqueológica se ha visto en la precision de acudir al Gobierno para suplicarle que cese en su obra demoleadora y que respete los existentes, si no como monumentos cristianos, al ménos como monumentos de arte. “Al ver las ruinas y destrozos que ha causado el liberalismo, dice un escritor, cualquiera pensaria que habia recorrido la Europa una nueva irrupcion de bárbaros.”

Y, ¿quién ignora la escandalosa depredacion de los bienes eclesiásticos? Al considerar de qué manera se han vendido por la centésima parte de su valor, y cómo se ha dilapidado el producto de ellos, podia decirse con razon que el verdadero objeto de la desamortizacion fué despojar y

empobrecer á la Iglesia más bien que remediar las necesidades del Erario.

Por último, ¿quién ignora la encarnizada persecucion que actualmente hace el liberalismo á la Iglesia en Italia, en Suiza y otras naciones de Europa? Ya no se contenta con dar decidido apoyo á todo lo que la Iglesia reprueba y con ridiculizar todo lo que la misma respeta y ama, sino que ha renovado las pérfidas persecuciones de Juliano el Apóstata de una manera todavía más insidiosa. Él quiere destruir el Pontificado y el Sacerdocio por todos los medios violentos ó astutos, Moitos ó ilícitos, esperando despues destruir el Catolicismo. Pero esto sólo servirá para evidenciar bien claramente el ódio que le profesa y para que se desengañen de él los que no sean estúpidos ó ciegos. La Iglesia triunfará de las nuevas persecuciones como triunfó de las pasadas.

Tal es el liberalismo en sus relaciones con la Iglesia. Lo más extraño es que, á trueque de oprimirla, conculca mil veces con el mayor cinismo todas las libertades que predica y todos los principios que defiende, añadiendo así el sarcasmo á la persecucion.

Y, ¿habrá todavía quien extrañe que la Iglesia haya condenado el liberalismo?

§ V.—CONDENACION DEL LIBERALISMO.

Efectivamente, la Iglesia ha condenado el liberalismo, por boca de su cabeza visible, cuando condenó como un error la proposicion última del *Syllabus*, que dice que "el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilizacion moderna."

Unos por ignorancia, otros por confusion de ideas en el significado de esas palabras y otros por mala fé, han movido una atronadora gritería contra el Papa á causa de esta declaracion tan terminante, obstinándose en presentar á la Iglesia como una rémora del adelantamiento de los pueblos, como enemiga de la libertad y amiga del despotismo, y como mantenedora de tales ó cuales formas de gobierno, con exclusion de las otras.

Repetidas veces se han dado explicaciones satisfactorias de esto para desvanecer las funestas preocupaciones que muchos concibieron, y especialmente lo que llevamos dicho en este capítulo, manifiesta el sentido en que la Iglesia condenó aquella proposicion y los justísimos motivos que tuvo para ello.

“¿Os imaginais, por ventura, diremos con monseñor Dupanloup, que el Papa condena lo que puede haber de bueno en el progreso, de verdaderamente útil en la civilizacion moderna y de verdaderamente liberal y cristiano en el liberalismo? Es una locura pensarlo. Habcis abusado de esas hermosas palabras, tomándolas como consigna de vuestros partidos revolucionarios, y como eterno estribillo de vuestros discursos agresivos é impíos, y el Papa las condena en el sentido que os place entenderlas.”

“Nos hablais de progreso, de liberalismo y de civilizacion, como si fuéramos bárbaros, y no supiéramos una palabra de todo eso; pero nosotros os hemos enseñado esas palabras sublimes que desfigurais: nosotros os hemos dado su verdadero sentido, y áun más, su sincera realidad. Cada una de esas palabras ha tenido, conserva y conservará á pesar vuestro un sen-

tido perfectamente cristiano, y el día en que pereciera ese sentido, perecería también todo progreso real, toda libertad sincera y toda civilización verdadera. El cristianismo ha tenido la honra de llamarse progreso ante los gentiles y los bárbaros: se ha llamado libertad cuando abolió la esclavitud, y ha defendido á todos los débiles contra la tiranía de los fuertes por espacio de veinte siglos; y se ha llamado, se llama aún y se llamará siempre civilización europea si no pesa sobre Europa la maldición de Dios."

"¿Cuál es sobre todo esto la verdad irrefutable? Que la gran ley del progreso, de la libertad y de la civilización es el Evangelio, y que Nuestro Señor fué quien estableció en el mundo el bello ideal más elevado, más puro y más vasto de estas tres cosas en todas sus más nobles significaciones, cuando puso en la base de toda su doctrina estas palabras: Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial. La Iglesia, lejos de contener vuestro ardor, os grita por el contrario ¡Adelante! y no sólo acepta la ley del progreso, sino que plantea y proclama sus reglas, y nosotros las planteamos y proclamamos con ella."

"Lo que nosotros no queremos, lo que rechazamos, es ese progreso de ciertos escritores, que significa la negación de lo sobrenatural, la negación de Dios y la fé en Jesucristo arrebatada al pueblo. El progreso es para otros que la Iglesia modifique su símbolo y sacrifique uno por uno sus dogmas. Para otra escuela, el progreso es simplemente el bienestar material sobre la tierra, y el *alterismo* según una expresión suya, *con exclusion de los temores egoístas de la salvacion eterna*, que solo sirven para

envilecer las almas : el paraíso, dicen, no está detrás, sino delante de nosotros.”

Hé aquí el progreso con el cual pretendéis que se reconcilien y transijan los Obispos y el Papa. Pues bien, no ; nuestra resolución inmutable, y nuestra eterna honra será no reconciliarnos, ni transigir nunca con semejante progreso.”

El liberalismo que condena el Papa no es una forma determinada de gobierno, de instituciones más ó ménos libres, sino el sistema premeditado de debilitar y aniquilar á la Iglesia. Esta se compone amigablemente con todas las formas de gobierno y prospera en todas las naciones regidas por diversas y áun contrarias instituciones. Para la Iglesia es indiferente la república, ó la monarquía absoluta ó representativa, y sólo quiere de los Gobiernos que sean justos. En las formas políticas no hay nada que sea esencial á la religion, y todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas (1).

Conviene decir esto muy alto en defensa de la Iglesia. Esta no ha condenado el liberalismo como sistema meramente político, por más que no vea con indiferencia que los pueblos estén bien ó mal gobernados : lo que ella condena es

1 Todos los Gobiernos tienen formas variables, y la Iglesia no se liga á ninguna de ellas, porque es eterna y universal.—Dupauloup.—Es un gran mérito del cristianismo, dice Cautú, haber colocado la religion á tal altura, que prescinde de la parte contingente y variable de la sociedad para fijarse en lo que tiene de esencial y permanente, de manera que pueda el hombre, en cualquier clima y gobierno, verificar su perfeccionamiento y alcanzar el Cielo. El cristianismo en el reinado de príncipes crueles y libertinos, no se rebela contra la sociedad de cuyos pecados huye : se acomoda á ella, sin pretender subvertirla, pero tratando de corregirla ; combate los vicios del siglo, pero sin apartarse de él. *Hist. Univ.*, época 6.ª, cap. 26.

la oposicion anticatólica y anticlerical llevada al poder ; es la tenacidad de unos pocos revolucionarios que quieren gobernar á un pueblo católico con principios volterianos, y pretenden imponer á la mayoría de las naciones sus ideas personales sin fé, ni sentimiento religioso. Le condena en cuanto es un protestantismo práctico y la síntesis de todas las herejías contra el principio de autoridad.

En España y en otras naciones hay muchos que se llaman liberales porque son partidarios del Gobierno representativo. Desde que la palabra liberalismo se ha hecho sinónima de ¡ guerra á la Iglesia ! aquellos debieran tomar otro nombre para evitar confusion y deslindar los campos. Seguramente deploran y condenan la oposicion anticatólica de los Gobiernos del día, y en este sentido no son liberales ; pero, sin embargo, les prestan su apoyo por oposicion á la monarquía absoluta, y con esto se hacen ellos mismos anticatólicos ó participantes de la persecucion á la Iglesia, apreciando más sus convicciones políticas que sus convicciones religiosas. Distingase bien esto y se verá que disminuyen notablemente las huestes del liberalismo.

Pero á los enemigos de la Iglesia los convine confundir las ideas en este punto y persuadir á los pueblos de que ha condenado el sistema político. El buen sentido basta para rechazar esta suposicion, si no están completamente obcecados los que la admiten. Efectivamente, ¿ qué le importa á la Iglesia que las naciones estén gobernadas por una monarquía templada, por tales ó cuales elementos del poder real ? ¿ Qué pierde con que el pueblo elija libremente sus representantes que intervengan en el

gobierno y en las leyes? ¿ En qué le perjudica que los principios del Gobierno estén consignados en una *constitucion*? ¿ Qué le vá que sean más ó ménos extensas las atribuciones de la provincia y del municipio, y que los ciudadanos tengan la libertad más amplia para todos los actos licitos de la vida civil? La Iglesia nunca ha condenado ni querido condenar en este sentido el sistema liberal.

Si este sistema se limitara únicamente á gobernar á los pueblos con sus principios políticos, olvidando sus instintos antireligiosos y no siguiendo en sus tendencias impías, no tendria que temer la oposicion de los verdaderos católicos. Lo confesamos de buen grado, por más que no seamos liberales ni siquiera en política. De que el Gobierno representativo pueda ser bueno no se infiere que segun nuestras convicciones personales no haya otro que sea mejor. En todos nuestros escritos y en muchos actos hemos precisado nuestras opiniones políticas con toda claridad. La misma Iglesia no disimula su predileccion á ciertas formas de gobierno, que le ofrecen más garantías de orden, de respeto, de buenas costumbres y de religiosidad.

Despues de estas explicaciones, no tienen disculpa los que se obstinan en acusar á la Iglesia como enemiga de la libertad de los pueblos y partidaria del oscurantismo. Ella no condena la verdadera libertad, el verdadero progreso y la verdadera civilizacion, sino que arranca la máscara á sus enemigos, que vienen difrazados con estas palabras para seducir á los pueblos.

La Iglesia no podia ni debia tolerar más tiempo los males del liberalismo, sino señalar-

le como enemigo para que huyan de él sus verdaderos hijos. Así es que ya se han deslindado los campos. A un lado se hallan contra el liberalismo el Papa, los Obispos, el Clero y los católicos más decididos, los que oyen la voz de sus pastores y los siguen. Al otro, se hallan con él, abrazados á su bandera, los masones, los libertinos, los impíos y los que no practican ninguna religion.

Esto es indudable. Vean, pues, como se arreglan los que tienen la pretension de llamarse *católicos-liberales*.

§ VI.—EL LIBERALISMO COMO SISTEMA DE GOBIERNO.

No es de nuestra incumbencia impugnar al liberalismo bajo este aspecto, aunque ciertamente no nos faltaria materia para ello.

Nos contentamos con copiar una página de un folleto reciente. Los que no ignoren la historia contemporánea, apreciarán si el cuadro está recargado de negros colores :

“El liberalismo en política es la anarquía universal, es el desórden en todos los ramos de la política. La administracion es la peor de las centralizaciones ; en elecciones, la violencia y la influencia moral ; en córtes, la personalidad y el pujilato ; en la prensa, la difamacion ; el cinismo y la mentira ; en diplomacia, la insidia y el engaño ; en constituciones, el capricho y el espíritu de partido ; en funcionarios públicos, la empleomanía y el favoritismo ; en la gobernacion del Estado, la arbitrariedad y la fuerza ; en policía, el espionaje ; en la guerra, el derecho de conquista y el cesarismo ; en legislacion, el embrollo ; en la ejecucion de las leyes, la inconsideracion ; en hacienda, la ban-

carota · en economía, el pauperismo ; en estadística, un sistema de exacciones ; en propiedad, la usurpacion ; en las oficinas, el caos, la holgazanería, y la eternizacion de los expedientes ; en gobierno, el militarismo ; en el arte militar, la destruccion del hombre y de los monumentos artisticos ; en sociedad, la guerra ; en las naciones, la guerra civil ; en el mando, el despotismo ; en los pueblos, el derecho de insurreccion ; en los centros de poblacion, los levantamientos y los motines ; en las villas y ciudades, las sociedades secretas ; en patriotismo, el cosmopolitismo ó la venalidad al extranjero ; en costumbres, la desmoralizacion ; en tradiciones, la abolicion ; en riqueza, la desamortizacion ; en opiniones, la conveniencia y el interés ; en contratos, el utilitarismo ; en materias eclesiásticas, la dependencia de la Iglesia y del Clero ; en concordatos, el despojo de la Iglesia ; en religion, la libertad de cultos y la tolerancia religiosa ; en la propagacion de la especie, el matrimonio civil ; en el hogar doméstico, la perturbacion de las familias ; en legitimidad, la conculcacion de todos los derechos ; en agricultura, el abandono ; en las artes, el sensualismo ; en industria, el lujo ; en el comercio, el libre cambio ó el monopolio ; en las ciencias, la ignorancia ; en antigüedades, el olvido ; en instruccion pública, la confusion y el extravío de la inteligencia ; en erudicion, el charlatanismo ; en critica, la parcialidad ; en historia, la adulteracion de los hechos ; en filosofía, el sofisma ; en adelantos, el materialismo ; en el discurso, la falsificacion de la verdad ; en ilustracion, el oscurantismo ; en el habla, la corrupcion del lenguaje patrio, y así por este tenor en todos los ramos de la admi-

nistración pública, y en todas las cosas humanas" (1).

Nada añadiremos por nuestra parte : pero si fuera necesario, no haríamos otra cosa que remitir á los lectores á la experiencia de los últimos cuarenta años, que es la enseñanza más eficaz.

Queda, pues, juzgado el liberalismo en el órden filosófico, en el órden religioso y en el órden político, y bajo cualquiera de estos tres aspectos aparece, como hemos sentido, radicalmente falso, malo, anticatólico y perturbador.

Decidan, pues, los lectores imparciales y de buena fé "si es lícito hoy sostener las doctrinas liberales y enarbolar la bandera del liberalismo, ó si, por el contrario, están obligados todos á luchar contra él para mantener los fueros de la libertad verdadera, compatible siempre con todos los grandes principios que sirven de fundamento á la familia, á la sociedad y al Estado."

1 *Fe, ciencia y civilización*, por don Silvestre Lozada, pág. 60.

FIN DEL LIBERALISMO.

